

Estudio preliminar

Una reflexión introductoria a un libro del padre Castellani es una faena complicada. La misma complejidad del autor, dentro de su aparente facilidad, la variedad de sus registros literarios y la hondura de su pensamiento, obligan a sostener una atención delicada para percibir los múltiples matices de una obra tan rica. Si Castellani se hubiera hecho conocer al público argentino con una herejía de su invención, su éxito entre los gustadores de novedades estaría asegurado y no habría aficionado a la literatura de vanguardia que no hubiera intentado descifrar su mensaje. Lo terriblemente difícil de Castellani es su perfecta ortodoxia y el sano equilibrio de su inteligencia, que le enajenan, desde el vamos, la aparatosa propaganda de los buscadores de rarezas psíquicas y de todos los dialécticos al servicio de la descomposición.

Un autor sano, el más sano de los escritores argentinos, con una salud auténtica y armoniosa y al mismo tiempo original, lleno de esa franqueza varonil que hace que la más pura doctrina de la Iglesia, al transitar los senderos de su espíritu, nos llegue perfumada con el aroma de los campos santafecinos, tan bien recordados en sus nostalgias camperas y tan presentes siempre en la ancha generosidad de su límpida mirada.

Castellani es un teólogo en el sentido cabal del término, uno de esos que, sin ser dominico, ha hecho suyo el lema de aquella orden: "contemplari et contemplata aliis tradere". Si esto no fuera mucho latín para nosotros, no tendríamos necesidad de añadir, para los más legos, que el fruto de la contemplación debe ser volca-

Los grandes teólogos:

Castellani: Teólogo exegético - profético - literario - psicológico
Reinvielle: Teólogo dogmático - metafísico - histórico

do sobre los otros de una manera capaz de llegar a su entendimiento.

Esto último no está en la frase latina, pero si hay algo que distingue a Castellani de los otros doctores en Sagrada Ciencia es su idoneidad para hacerse entender y provocar en la inteligencia un movimiento de profundo goce intelectual, sostenido por dos estímulos aparentemente antagónicos: el descubrimiento de la verdad y la asombrosa comprobación de la insignificancia de las mentiras que la ocultaban.

Repetimos que Castellani es ante todo un teólogo; confirman este juicio no solamente sus trabajos teológicos, sino también aquellos, en apariencia desligados de la faena sacerdotal, como LAS CANCIONES DE MILITIS, pero que revelan la permanente confrontación de un saber de inspiración teológica con los acontecimientos más o menos triviales del tráfico periodístico.

Un teólogo es todo lo contrario de un profesional de las ideas, de un ideólogo para decirlo con la fea palabra hoy en boga. La época clásica conoció al filósofo y al sofista; y la distinción entre una y otra actitud humana fue definitivamente establecida por Platón y Aristóteles. El sofista, dejando de lado toda consideración peyorativa, era un profesional de la inteligencia, y su trato con las ideas lo convertía, en el mejor de los casos, en una suerte de científico capaz de aportar, a quien se lo pidiera, un conocimiento más o menos riguroso sobre determinados aspectos de la realidad. El filósofo en cambio era, a la manera griega, un teólogo, porque su preocupación principal fue la búsqueda del *ontos on*, de lo que verdaderamente es ente, en el sentido egregio y divino del vocablo. La preocupación de la sofística era técnica y profesional; la del filósofo, religiosa.

La Cristiandad, en su período áureo, conoció la prelación intelectual del teólogo. Éste era el hombre que frecuentaba la Palabra de Dios y que desde ese saber revelado tendía su mirada sobre la realidad para descubrir la íntima conexión existente entre la creatura y su Creador. La perspectiva divina, el punto de vista de

Dios sobre el mundo, dominaba el horizonte intelectual del teólogo. En ese sentido el cristiano difería del griego, porque este último buscaba el centro divino para orientar su vida a la luz de la razón, mientras el cristiano tenía por fe el conocimiento de las verdades reveladas. Y desde ese seguro centro partía su inteligencia para penetrar mejor en el sentido de la Palabra y descubrir el secreto de nuestras realidades cotidianas.

El ideólogo nace en la Cristiandad cuando la contemplación pierde su valor trascendente y el hombre vuelca sobre el mundo una mirada totalmente poseída por la *libido dominandi*. La realidad ha dejado de ser un *sacramentum* y se ha convertido en un vasto campo donde desplegar la actividad económica.

La prelación de lo teórico supone la aceptación de un orden creado por la Inteligencia Divina y que el hombre sólo puede conocer en actitud contemplativa. La *speculatio* cristiana nace de este reconocimiento. La *praxis*, en el sentido clásico del término, es posible si el hombre acepta los datos objetivos de un orden metafísico y otro natural, ofrecidos por Dios para que los tome en cuenta y realice su perfección. *Conocer*, en el sentido cristiano, es ante todo *contemplar* y luego *obrar en orden a lo contemplado*.

Esta simbiosis de teoría y práctica no esperó el advenimiento al mundo de Carlos Marx para ser realizada; todo lo contrario. Marx confundirá la *praxis* con la *poiésis* y desde esa confusión, cuando habla de relaciones entre teoría y práctica, hablará, en verdad, de dos momentos de la tarea productiva: el proyecto intelectual de una obra y su realización efectiva.

Pero volvamos a la armonía cristiana de ambos órdenes y a la ruptura de ese equilibrio provocada por el despertar de una *fría voluntad de dominio*, de esa concupiscencia que arrojará al hombre de nuestra civilización en primer lugar sobre el mundo físico y luego sobre el hombre mismo, para ejercer sobre él ese afán de *suplantar a Dios* en la ordenación de su vida.

Marx llamó *praxis* a esa acción transformadora que, por su índole, pertenece mejor al dominio de esa acti-

vidad llamada por Aristóteles *poiésis*. Esta visión de una realidad en constante proceso de transformación, y cuyo principal demiurgo fuera el hombre mismo, es propia del pensamiento moderno, y halló en Hegel su ideólogo más egregio.

Pero el ocaso de la Cristiandad medieval, dentro de intereses todavía impregnados de cristianismo, comienza a conocer esa posibilidad en la idea que se hacen de Dios sus teólogos más notables, porque al poner la Voluntad Divina sobre la Divina Inteligencia abren los caminos de las primeras ideologías y éstas pusieron los conocimientos teológicos al servicio de los poderes temporales.

Un ideólogo es un pensador para quien el trabajo de la inteligencia tiene sentido si de antemano lo somete a un proyecto de acción productiva. El ideólogo no contempla, porque no hay nada que contemplar; sea porque Dios es Voluntad Omnímoda y sólo interesa conocer sus designios, o porque el hombre es único ejecutor consciente del proceso por el cual el mundo se realiza a sí mismo. La tarea del ideólogo es la invención del programa por el que debe regirse la producción en serie del "nuevo hombre".

A esto, Marx, con negligente descuido del griego, lo llamó primacía de lo práctico sobre lo teórico. En verdad se trata de la superioridad que, en orden a la fabricación, tiene el producto sobre su simple condición de proyecto. En última instancia, el proyectista debe someter su engendro al ingeniero, encargado de pronunciarse sobre su viabilidad.

El ideólogo es el intelectual al servicio del Poder. No interesa que ese poder tenga carácter conservador o revolucionario. Para quien no vive borracho con la retórica socialista, el poder es siempre oligárquico, salvo que sea cristiano y reconozca todos los límites señalados por Dios a sus claros contempladores.

Castellani es nuestro teólogo y también nuestro profeta; y no porque haya convocado la cólera divina en ocasión de alguna calamidad pública. Su carisma suele contentarse con las pequeñas catástrofes de nuestra vida

cotidiana: un decreto ministerial imbécil, las fiestas escolares o algo tan absolutamente mediocre como los libros de texto. Basta que el teólogo mire el hecho para que éste vaya a ubicarse ante los ojos de Dios en su miserable perfidia laicista y, de rebote, recibamos el soplo vivo de la verdad negada.

En alguna oportunidad, Jean Cocteau, que era algo loco pero no tonto, dijo que se aproximaba el día en que los imbeciles tomarían las lapiceras y se pondrían a escribir. No era el temor de un sabio que ve a Satán empujando a los tarados, pero sí el de un esteta que veía la depreciación de la inteligencia provocada por dos terribles fuerzas convergentes: la aristofobia de los mediocres y el criterio puramente económico del negocio editorial.

Cuando Castellani escribió un par de páginas sobre los "medioletrados", sabía algo más que Cocteau. Sabía que nuestra sociedad no tiene doctores porque ha perdido la Doctrina y ahora el tiempo en que los repetidores llevaban hasta los alumnos, con temblor y temor, la enseñanza de los maestros. La pérdida del Magisterio ha provocado la inflación de los semiletrados y con ella su corrupción. Mientras el repetidor tiene la certeza de transmitir una doctrina impartida por una institución de origen divino, siente con respeto su papel de mediador; pero, cuando la pierde, se cree convocado a suplir una función por encima de sus posibilidades reales. Recordemos que el orgullo no es privilegio de los autores de grandes catástrofes históricas y menos en esta época en que toma un matiz decididamente colectivo. Cualquier representante de la masa y, precisamente, en tanto representante de ella, se siente poseído de una capacidad para cambiarlo todo, que no tuvieron Atila ni Napoleón en sus mejores momentos.

LAS CANCIONES DE MILITIS tienen su primera originalidad en que no son canciones, pero a su modo cantan sus cuatro verdades a la clase dirigente de nuestro país. El título parece haber nacido de uno de esos juegos paradojales que tanto gustan a Castellani. Para los *raffinés* recuerda el título del libro de Pierre Louys:

LES CHANSONS DE MILITIS en una contraposición traviesa. ¿Qué tienen que ver las licenciosas ocurrencias del poeta francés, con esa viril defensa de nuestras condiciones de salud?

Militis habla de militancia y en un país donde la Iglesia se declaró *dimitente* desde la Independencia, esta convocación militar de Castellani era un desafío a la mediocridad espiritual de nuestro sacerdocio.

Había que recordar que sano y santo tienen la misma raíz; y que para ser santo no basta poner cara de estampita, ni ganar el campeonato de asistencia al rosario. Castellani le hace decir al padre Brochero, dirigiéndose a Meinvielle: *"Hay que ser santo al mismo tiempo, haciéndose santo en el mientras, porque en el camino, usted sabe, se acomodan las cargas, y el que quiere volverse santo primero de ponerse a servir a Cristo, con la pobre y perra alma llena de pasiones que uno tiene, ése no llegó a santo nunca"*.

No está en mis funciones distribuir beatitudes o inaugurar reputaciones eternas. Sólo puedo decir que *"con su rica y perra alma llena de pasiones"* Castellani es uno de los miembros más vivos de nuestra Iglesia militante, y comenzó por dar testimonio de su fe, hasta en *"La Nación diario"*, si mal no recuerdo, y en un país donde ser católico, de puro obvio, estaba totalmente olvidado.

Y aquí viene la parte si se quiere un poco personal de este prólogo. Leí a Castellani cuando apenas había pasado los veinte años y no tenía ninguna formación religiosa. Me llamó la atención, y lo digo con vergüenza, la calidad intelectual de su trabajo. En el mundo de *semiletrados* al que pertenecía, un sacerdote inteligente era inconcebible, y en el mejor de los casos se tenía derecho a sospechar que no creería en todas las pavadas con que la Iglesia mantenía la ilusión de su rebaño de beatas.

Un esfuerzo suplementario exigido a un instinto todavía no estropeado por mi condición de bachiller podía hacerme admitir en un cura una inteligencia más o menos profunda en cuestiones astronómicas o de alguna

otra índole un tanto estrafalaria en nuestras costumbres, pero no cabía en mi caletre la calidad del saber de Castellani y su humor para tomar a broma la totalidad de mis dogmas laicos.

Sin embargo, fue precisamente su vena humorística la que me conquistó enseguida; y como me hacía reír, me aficioné a leerlo. No quería confesar mi debilidad; y el amigo que me sirvió de puente, quizá con el santo propósito de enredarme en alguna intriga clerical, obtuvo de mí un pedido desdeñoso que apenas ocultaba el vicio adquirido: *"¿No tenés alguna otra cosa del cura ése?"*.

Esa fue mi perdición. Era un pagano feliz, totalmente irresponsable y cínico, y terminé confesándome, comulgando y suscribiéndome a la SUMA TEOLÓGICA que Castellani había comenzado a editar con sus sabrosas notas al pie. El Club de Lectores tardó tanto tiempo en concluirla, que cuando al final salió, yo había aprendido a leer el texto de Santo Tomás en su versión latina y sabe Dios el trabajo que me costó.

No soy literato; un análisis, con todos los recaudos del género, sobre el estilo de Castellani, no me tienta. Pienso con D'Annunzio que la anatomía presupone el cadáver; y tanto las paradojas como esos saltos de humor que se encuentran siempre en la prosa de Castellani forman parte de su ritmo vital y están tan íntimamente ligados a su personalidad, como pueden estarlo los gestos y las inflexiones de la voz.

Estas LAS CANCIONES DE MILITIS, ofrecidas en un tono aparentemente ligero, revelan una dimensión de nuestra realidad social, que sólo el ojo avezado de un fino observador podía percibir. Pero no era suficiente la sagacidad puramente humana para descubrir la orfandad religiosa de nuestro país. Se necesitaba la íntima delicadeza de un hombre de oración para penetrar la hondura de nuestros defectos y palpar el sitio exacto donde duele la ausencia de Dios.

No es siempre fácil advertir la profundidad de Castellani. El primer encuentro con uno de sus libros se

realiza en la superficie de un estilo chispeante e irónico, como si el hombre tuviera el pudor de mostrarse en la plenitud de sus recursos espirituales. Pero una vez atravesada la corteza de sus bromas, observamos que la cosa va en serio y muchas veces, ¡a qué hondura!

Si yo dijera que su comentario sobre el APOCALIPSIS es lo más profundo que se ha escrito sobre el tema, se podría atribuir el énfasis de la afirmación a pura ignorancia pueblerina. Pero he oído idéntico juicio de la boca de personas mucho más doctas y con una formación menos casera que la mía. Comentar el APOCALIPSIS y hacer de esa profecía una exégesis tan viva no sólo requiere ciencia teológica, sino también oración, vida religiosa auténtica y una capacidad de visión en adecuada consonancia con la del libro.

No profetiza quien quiere sino quien puede. Comprender la narración del Apocalepta es profetizar. Sobre este tema cierro el comentario. En este país tan poco visitado por el Espíritu, Castellani resulta un brote extraño, una figura para la provocación y el escándalo, un remedio demasiado fuerte para nuestros organismos debilitados; y no es nada difícil encontrar, a propósito de su personalidad, las opiniones más variadas.

Con todo, supo hacerse oír y se lo oyó. Pocos pueden imitarlo; y diría que, literariamente, es mejor que no se intente hacerlo. Su estilo es único y no se presta para la emulación; pero esto no significa que no haya hecho discípulos. He hallado lectores de Castellani en los rincones más inesperados y —lo que quizá sea más grande— entre gente que no tiene la lectura por oficio. Y estos lectores no eran amigos de buscar entretenimientos fáciles, sino hombres que hallaron en sus libros razones para confirmar una fe que vacilaba y el sentimiento de estar sosteniendo verdades capaces de resistir con éxito el ataque de esas viejas herejías que se llaman ideas nuevas.

Todas estas razones, nacidas al calor de una noble admiración, me han llevado a aceptar la confección de este prólogo, que no es un elogio, ni una introducción,

ni un estudio crítico, sino el simple y agradecido reconocimiento de una profunda deuda espiritual.

Rubén Calderón Bouchet.

Mendoza, 4 de julio de 1973.